Algunos relatos: "Aquella que bailaba"

Samuel Linares

Image not found.

Capítulo 1

Aquella que bailaba.

no paraba de repetir que de haber llegado más tarde, no hubiéramos conseguido siquiera hablar con el portero. hablaba sin gracia ni elocuencia sobre el espectáculo que se les ofrecía a los que dejaban entrar en el local. decía que era para gente selecta, para gente como nosotros. se comportaba de una manera extraña, demasiado excitada y sobreactuada. lo atribuí al tiempo que hacía que no nos veíamos, a que era de noche, la *noche* que siempre nos había excitado, la noche de la que otrora tintábamos nuestros días. nuestro verano de seres nocturnos había sido tapiado por centenares de inviernos aburridos.

era lo que él decía, refiriéndose a mi matrimonio. lo llamaba matrimonio porque desde el primer momento, según su juicio, ella me tenía en sus manos igual que tierra quemada.

Y tú, amigo mío; seguía reforzando sus teorías mientras el portero abría la puerta negra, sin color ni expresión. Tú, mi querido, queridísimo amigo, creías como un niño que la habías atrapado en una botella como a un rayo de sol. Dime, ¿hay algo en la botella?

- Vamos, divirtámonos como hacíamos antes. A tu mujer le habría encantado. – dijo con cierta sonrisa.

no le contesté. me limité a caminar hacia dentro del oscuro establecimiento mirando al frente, escuchando sus risas histéricas y agobiantes a mi espalda. sus risas, que me sujetaban los pies y las manos

y con una pluma trataban de hacerme cosquillas en el pie, lejos estaban de contagiárseme. yo no me reía de esos chistes.

él seguía hablando y riendo y yo seguía desoyéndole. llegamos, tras un largo y extraño pasillo, a una estancia encerrada entre cuatro paredes inmensamente grande. estaba repleta de variopintos personajes, todos sentados en las mesas y riendo y charlando, formando un rumor de ruido que fluía como el humo del tabaco por encima de sus cabezas. había un escenario al fondo, cubierto por un telón amarillo. resaltaba con todo lo sombrío que había en el lugar, iluminado con luces escasas y violetas. nuestros ojos, y digo nuestros porque me vi obligado a aceptar su compañía, estaban olisqueando como sabuesos en busca de una mesa libre. divisé una en la primera fila, justo al borde del espectáculo, y así se lo comuniqué.

-No, no. Tan cerca del escenario no. – Gritaba para que pudiera oírle pero su voz se quedaba a la nimia altura de un susurro.

-¿Por qué no?

Bueno, está bien. Tú eres el listo aquí. Al fin y al cabo, te has casado. rió.

- Bueno, está bien. Como tu quieras. – intentó reír.

hice una mueca, la vio, y como tal, la ignoró. caminamos con dificultades hacia la mesa, entre sillas echadas hacia adelante y hacia atrás, camareros torpes, gritos, insultos. pero llegamos. me senté y suspiré aliviado, deseoso de sentir la ginebra en mis labios. un pensamiento abrasador me cortó en el pecho, un corte profundo. la voz de Misty, mi mujer, pidiéndome que no bebiera tanto. cierto era que bebía con una regularidad igual que para un escritor la escritura, pero más cierto aún era que yo no me sentía borracho, ni violento, ni siquiera alteraba un mínimo mi estado de ánimo. la ginebra era lo que me permitía dormir muchas veces, superar mis pesadillas. ella decía que no dormía, que me quedaba inconsciente. yo le solía replicar diciendo que consciente es imposible dormir. pero no le bastaba con mis argumentos. nunca le bastaba.

-Jim, responde. – dijo él.

volví en mí, como en un sueño. todo se iluminó y lo primero que distinguí fue el rostro de un joven camarero rubio con un bloc de notas en la mano. sentía que estaba sudando. las gotas bajaban por mi frente, hacía calor allí. tenía la boca seca. tenía sed.

-¿Qué va a tomar el señor?

una copa.

Por amor de Dios. se quejó él.

- ¿Estas ahí? – preguntó.

quisiera una copa de ginebra seca.

-¿Quiere el señor que vuelva más tarde?

-Ginebra. – balbuceé, perdiendo el aliento. era como si hubiera expulsado de dentro de mí unas palabras irrealmente pesadas.

el camarero tomó nota y se fue. no tardé mucho en sentir su mirada, a mi lado, observándome, vehemente, deseoso de saber qué era lo que me sucedía, lo que pasaba por mi cabeza.

se quedó mirándome de esa incómoda manera unos segundos más, mientras yo fingía no darme cuenta. finalmente desistió y nos trajeron los vasos repletos de ese benigno y magnífico líquido, saciador de toda mi sed. bebí la copa de un trago y le pedí al camarero rubio otra. Pierre, a mi

lado, volvía a observarme con la misma mirada que tanto me incomodaba.

¿Cómo te va con Misty? preguntó, tras mojarse los labios con el ron con hielo que había pedido.

-¿Cómo te va?

-¿Acaso te interesa?

-¿Qué te hace pensar que no?

mi copa llegó y de nuevo le pedí otra al camarero. el calor menguaba. me ofreció traerme la botella y acepté.

-Jim. – pronunció, evocando mi nombre. – Jim, empiezas a preocuparme. Comprendo que te afectara, pero ha pasado el tiempo. La policía está haciendo su trabajo. Divirtámonos.

le miré y ahora la expresión de su rostro reflejaba con incredulidad e ignorancia la compasión y la pena. sentía pena, Misty había logrado que las demás personas que me rodeaban, por si no fuera suficiente con ella, me dieran la misma charla compasiva que se le da a un adolescente que no tiene idea de la vida, un reproche sin sentido en tono condescendiente. a sus ojos yo no sería otra cosa que un perdedor desgraciado al que el aburrimiento de una vida le había podido, un cobarde, un alcohólico.

ésta vez vino un camarero pelirrojo. trajo en una bandeja la botella y un vaso con una rodaja de limón. lo dejó cuidadosamente en la mesa, sin pronunciar palabra ni dedicar una sonrisa, y se marchó por el mismo sitio que había venido.

-¿Qué es lo que quieres decir, Pierre? Te ha comido el coco. Eso es todo.

-¿Qué? ¿Quién me ha comido el coco?

-Misty. Sólo querías acabar hablando de ella, ¿no es verdad? Toda la maldita noche dándome por el culo con mi matrimonio. Querías conducirme a esto.

abrí la botella y me puse una copa. la bebí.

lo único que Misty quiere es ayudarte.

-¿De qué estás hablando?

-¿Ayudarme? ¿Sabes qué me ayudaría? – una música comenzó a sonar, y yo gritaba más alto. – Que cogiera una maldita cuerda, se fuera al árbol más cercano...

las luces se apagaron y unos fuertes focos iluminaron el telón amarillo.

-¿Qué dices? – me gritaba Pierre, tratando todavía de escuchar mis palabras cuando yo no le escuchaba a él.

la luz, como divina, se centró en una mujer que apareció en el escenario, con pasos livianos y nublados; porque era lo que semejaba, una hermosa nube cargada de lluvia en mitad de un hermoso cielo, una nube profundamente negra que comenzara a brillar cuando los relámpagos provocaran convulsiones en su cuerpo, ¡Convulsiones, pues con su tez cansada, acongojada, tibia y afligida, sin ánimo, con todo esto y además su mirada perdida, bailaba, en sus convulsiones! se movía con una elocuencia que no precisaba de palabras, muda e inerte, pero viva y gritando. pareciera a ratos un cadáver, de la quietud y lo lóbrego de sus órganos, y a otros ratos un pez que lucha por su vida fuera del río, más vivo que nunca en toda su existencia. su sangre podía saciar toda la sed que tuviera.

como si hubiera cogido un martillo y unos clavos, esa mujer, esa bailarina, clavó mis ojos en los suyos y no pude apartarlos ni un sólo segundo. pronto el escenario desapareció y todos los personajes también. todo el decorado, igual que al final de una obra de teatro se retiraba irrisorio sin pena alguna. pero yo, de entre toda la pena, seguía allí. la observaba de pie, borracho, a ella, a la bailarina, mirando al frente. sus movimientos, su donaire; era como si una noche sin gracia hubiera recogido de la morgue tres o cuatro cuerpos sin alma alguna y los hubiera puesto a bailar para ella, ensayando una y otra vez hasta que el sol la obligara a retornar a sus quehaceres diurnos, y esa noche, aquella noche, estuvieran allí con ella, detrás de su coreografía perfecta, formando su sombra en un etéreo y esbelto esqueleto de caricias; pues movía sus manos como rozando y llamando al mismo aire que la rodeaba a entrar en sus pulmones para no salir jamás.

igual que en un etílico sueño se giró y me miró, a mí, al que nadie jamás había mirado con esos ocelos perturbadores por su mirada más que por sus ojeras o por su color vagabundo que no sabría describir, y con sus manos y sus pupilas me llamó, sin necesidad de conocer mi nombre. me levanté sin pesar alguno y caminé hacia ella, que me esperaba sin expresión con los brazos pegados al cuerpo. no le dije ninguna palabra, y ninguna palabra cruzó ella conmigo.

pensaba, mientras la miraba, en Misty. mientras miraba a la Bailarina, en poseerla a ella, a su elocuencia, y a su cadavérico cuerpo en un acto puramente necrófago, pensaba en mi mujer. pensaba en los dolores de cabeza que su voz, canturreando siempre las mismas e irritantes canciones me provocaban. pensaba en su mirada, tan distinta de la de mi Bailarina. la primera vez que vi a Misty tuve una sensación enormemente similar, pero su nombre estaba escrito en la arena, y los fuertes vientos que traían recuerdos lo fueron borrando. ese momento en el que miré a Misty igual que la estaba mirando a ella, en el que su nombre se repetía tanto por mi cabeza como el de mi mujer, ese momento tan alejado de mí y tan fútil, tan fácil de olvidar y cambiar por uno mejor, por ese que tenía ante mis ojos.

miraba sus mejillas pálidas. miraba sus labios, esperando que dijera algo. me di cuenta de que sus ojos, sencillamente, no recaían sobre nada.

-¿Por qué me has llamado? – susurré.

-Quería bailar contigo. – respondió, para mi sorpresa, casi al instante.

-¿Quieres bailar?

-Quería. – su voz sonaba lejana y tibia como el agua que cae de las nubes.

-¿No quieres?

-No sabes bailar.

quise contestarle pero entonces mi boca se durmió, todo mi ser se durmió. sentía sueño y sed, pues la boca que había enmudecido estaba reseca. como en un sueño, bajé a la mesa en la que estaba sentado con Pierre y cogí la botella de ginebra. comencé a beber. bebí pero la botella no dejaba de estar repleta de ese líquido. bebí. bebí hasta que era más bebida que hombre, embebido en alcohol. y seguía sediento. e, igual que en un sueño, me acerqué, enfadado, a la Bailarina, que miraba hacia la nada. le gritaba. le gritaba con furia que estaba enamorado. le gritaba con furia que la amaba, que la amaba más que a Misty, que ella debía ser Misty. le gritaba que bailara conmigo. le gritaba pero ella no contestaba.

llevé mis labios a la botella y mi garganta se secó más todavía. no había agua que ardiera en mi juicio ni en mi conciencia. no distorsionaba. estaba sobrio. la miré a ella, a la Bailarina, en su quietud y en mi desgracia. semejaba a una escultura, una bella escultura de yeso, que incluso parecía que bailaba sin movimientos. me sentí seco y furioso.

-¿Dices que no sé bailar? – pregunté, muy cerca de su rostro impasible, enfadado.

golpeé secamente su cabeza con la botella de cristal, sin un rasguño. ella cayó al suelo, sin gritar ni llorar. se llevó las manos a la cabeza de la que brotaba con donaire la sangre roja. parecía que su alma

se estuviera escapando. la golpeé de nuevo. le di una patada. la cogí del pelo y la golpeé, con garbos movimientos, y con elegancia. rompí la botella en el suelo y con los cristales le hice heridas que con mis propias uñas arañaba. apareció el camarero pelirrojo con otra botella, con otra deliciosa botella. la cogí y se marchó, indiferente. bebí un trago y comencé a rociarla, y gritaba, desgarraba el silencio, cantaba igual que Misty la misma irritable canción, sin música.

encendí un cigarrillo y la observé llorar.

no era un ser aburrido ni un ser desgraciado. no me sentía borracho. no era violento. ella lloraba y suplicaba mi amor, ese momento en el que la miré y admiraba su mirada. ese momento que parecía tan lejano. lloraba y sus lágrimas se mezclaban con la ginebra, encharcando el suelo de madera. me acerqué a ella y la tumbé boca arriba para verla mejor. me agaché. la empecé a mirar entonces con dulzura. cogí la ginebra que llevaba en una mano y saqué un mechero de mi bolsillo. bañé su pierna en el líquido, y encendí una llama. el fuego abrasaba su piel.

-Así jamás volverás a llamarme para bailar. – le dije, fiero y fúnebre.

pero me di cuenta de que no lloraba, sus llantos se habían desvanecido. ahora reía con una fuerza desgarradora, ¡La Bailarina reía mientras se convertía en cenizas!

-Me equivocaba. Sí que sabes bailar.

tenía calor. estaba borracho. quise despertar, no debí desearlo, y de repente estaba tirado en el suelo, ardiendo, despierto, mientras Misty reía, Misty, mi Bailarina, ¡Mi amada! el telón amarillo arropó el escenario.

me consumí en el fuego de las pupilas de mi mujer y entonces levanté la cabeza de la mesa sucia. Pierre observaba el espectáculo. la botella de ginebra estaba medio llena y yo me encontraba medio vacío. me miró.

Tuviste mucha suerte al poder bailar con tu mujer. dijo con amarga ironía.

-Tuviste mucha suerte al poder bailar con tu mujer. – dijo simplemente.

me puse otra copa y miré al escenario. tosí y tuve miedo al ver a mi Bailarina, haciendo ese gesto con las manos, mirándome. Pierre se levantó, riendo, mientras todos aplaudían. la Bailarina comenzó a bailar con él en el escenario. pensé en la suerte de Pierre mientras terminaba la copa y empezaba con la otra.